

Metáforas de la sociedad moderna

Carmen Ors Marqués

¿Cuáles son los rasgos esenciales de la estructura social contemporánea? ¿En qué medida se derivan de una determinada racionalidad, de un modo de producción o de las relaciones de poder? ¿Puede una metáfora responder a estas preguntas? Para contestar voy a partir de la hipótesis de Ernest Gellner que afirma que de los tres principales elementos que conforman la realidad social: cognición, producción y coerción. El primero es crucial, es decir, que en el modo de conocimiento pivota el resto de elementos de la estructura social. El objetivo de este escrito es analizar en qué medida los procesos de racionalización acaecidos en la modernidad se proyectan conformando una determinada estructura social y un determinado tipo de sujeto. No obstante de ningún modo quisiera adoptar una tesis idealista sino más bien mitigar el economicismo del marxismo más tópico. La posición que quiero defender aquí es más sistemática, comprendiendo como los tres elementos de un orden social mencionados funcionan como variables de una ecuación, cualquier modificación de uno implica la variación de los otros.

Para reflexionar sobre el papel de la cognición en la estructura social, no quiero sólo basarme en algunas ideas de Gellner sino también compararlas con las de otros pensadores. Concretamente, y ya que me he interrogado sobre las metáforas hablaré, aparte de Gellner, de Max Weber, Zygmunt Bauman y también de Michel Foucault. Un elemento en común a estos autores del que quiero valerme es que en sus respectivas obras podemos encontrar metáforas sobre la sociedad moderna. Metáforas en sentido laxo en cada uno de los casos, quizás metonimias, analogías o comparaciones que les permiten captar una instantánea de la sociedad. Las metáforas a las que me estoy refiriendo son: la *jaula de hierro* de Weber, la *jaula de goma* de Gellner (una réplica a Weber), la *sociedad líquida* en el caso de Bauman y la utilización metafórica del *panóptico* por parte de Foucault. Bien es cierto que los cuatro respectivos tropos no juegan el mismo papel en el conjunto de la obra de cada uno de estos filósofos. Mientras que en el caso de Bauman la idea de lo «líquido» es central, articula toda su reflexión, no es así en los otros dos pensadores. Quizás las cuatro metáforas tampoco tengan el mismo referente, por lo que no son, por así decirlo, completamente conmensurables.

No obstante me propongo compararlas para ver qué luz ofrecen, qué captan de nuestra condición presente. Por último, quisiera precisar que las quiero presentar como pares que se corrigen, no es que se opongan sino que más bien al matizarse podemos ver a través de ellas la tendencia de nuestra sociedad, cierta diacronía. De este modo presentaré la «jaula de goma» como corrección de la «jaula de hierro» y la «sociedad líquida» como una sociedad «postpanóptica».

JAULA DE GOMA VERSUS JAULA DE HIERRO

La expresión «jaula de goma» es literalmente una transformación de la expresión weberiana «jaula de hierro», más concretamente de la libre traducción que de la metáfora de Weber hiciera Talcott Parsons, las palabras originales alemanas de Weber estarían más cerca de la expresión «férrea envoltura». No obstante a partir de la «traición» de Parsons lo que se ha popularizado es «la jaula de hierro».¹ Ésta es una imagen retórica utilizada por Weber en una de las últimas páginas de *La ética protestante* para expresar la pérdida del sentido religioso original que inspiró, según su interpretación, al primer capitalismo.² Si restamos el espíritu inicial, el *ethos* religioso-puritano, lo que debiera quedar es una sociedad organizada racionalmente, o lo que es lo mismo basada en criterios científicos. Los procesos de racionalización alumbrarían, según Weber, un mundo o una sociedad desencantada.

El desencantamiento tiene como consecuencia una visión de la naturaleza y del mundo social burocrático. Comprender los hechos naturales para después manipularlos implica reducirlos a leyes o cuanto menos a generalizaciones simétricas, ordenadas y articuladas en modelos explicativos. En el mundo social la burocratización implica que la acción social también se entiende como un procedimiento, un protocolo donde hay una clara división de responsabilidades y especialización del trabajo y en consecuencia relaciones jerárquicas. Los procedimientos deben estar sometidos a reglas, casos semejantes se tratarían de forma semejante. Finalmente, esos procedimientos deben ser sometidos a prueba, evaluados. Los valores que emergen de estos modos de proceder son: precisión, regularidad, claridad, exactitud, eficiencia, renuncia, ascetismo. Valores que exigen un pensamiento metódico, riguroso, que no se arredra ante la dificultad, en suma, un pensamiento cartesiano.

La sociedad que constituiría este tipo de racionalidad sería la jaula de hierro, el estuche férreo. Un mundo deshumanizado y tecnocrático donde a unas metas claras les corresponden una calculada distribución de los medios. Esos medios pueden ser tanto los instrumentos y las actividades humanas como los hombres mismos, de hay que ya no sea plausible pensar en los sujetos como fines en sí mismos.

¿Responde nuestra sociedad a esta descripción? ¿Es la estructura social, resultado de los procesos de racionalización, una «jaula de hierro» como predijo We-

ber? La respuesta de Gellner es que no. En un texto titulado «La jaula de goma: desencanto con el desencanto», recogido en la recopilación de artículos escritos en los años 80 del pasado siglo que conforman el libro *Cultura, identidad y política*,³ Gellner se pregunta sobre la vigencia de la metáfora weberiana como símbolo que pudiera capturar los rasgos de nuestra sociedad. Su respuesta es negativa, más bien todo lo contrario, el resultado de los procesos de racionalización modernos conducen para él a una «jaula de goma». Sigue siendo una jaula en la medida en que implica un orden conceptual que impone coacciones a nuestra conducta y a nuestra visión pero desde luego no exige y más bien conspira contra todo pensamiento riguroso, coherente, ordenado y metódico. Un ejemplo de esa visión contemporánea del mundo estaría representado por la cultura popular y la cultura de los jóvenes que predicán la «contracultura», pero que tiene muy poco de *contra*. Esta cultura no es más que la exageración de algunos rasgos, desde luego no disidentes, convertidos en iconos que se conviertan en reclamo fácil para mover a las masas hacia el consumo.

La sociedad igualitaria, móvil y anónima, la sociedad de masas que surgió por las necesidades de la producción industrial ya no está marcada por la disciplina, el orden, la abstención de los afectos ni por la aplicación de reglas claras, sino más bien por valores contrarios como la inmediatez, la dispersión, la facilidad, lo evidente por sí mismo. La disciplina intelectual rigurosa que exige el diseño y la producción de artefactos industriales contrasta sobremanera con la utilización de esos artefactos, cada vez más fáciles de usar, más intuitivos. El ejemplo que pone Gellner es el contraste entre el diseño y la producción de un automóvil y su manejo. Si hubiera vivido para verlo la evolución de la tecnología le hubiera dado la razón en cuanto a la manipulación de instrumentos. La tecnología táctil de los nuevos dispositivos introducidos por la revolución informática representa el *súmmum* del manejo fácil e intuitivo.

El espíritu de la jaula de goma podría estar causado por la producción masiva y en serie, la división del trabajo, la obsolescencia programada y la automatización. Estos procesos han provocado una clara disminución tanto de las actividades que requieren pensamiento cartesiano cuanto de los individuos que han internalizado las reglas de ese pensamiento. En las sociedades desarrolladas ha habido una progresiva disminución de la economía estrictamente productiva y un aumento complementario del sector terciario, los servicios. Los hábitos de la producción han sido relevados por los hábitos del consumo que son contrarios a la atención al orden, la sobriedad y el pensamiento frío. La producción, por otro lado, se ha atomizado y deslocalizado concentrándose en países donde los costes salariales son muy bajos, lo que demuestra que la mano de obra que exige la producción actual, no requiere una especial formación. La consecuencia de este fenómeno que conocemos como globalización es que cualquier acción está destinada a tener tantas y tan complejas relaciones y consecuencias que la racionalidad clásica cartesiana ya no se aplica. El espíritu de las reglas cartesianas que

anima a proceder con orden, sin impulsividad y precipitación, no dar un solo paso adelante sin anticipar las consecuencias y realizar las enumeraciones pertinentes para evitar riesgos es imposible en la actualidad. La jaula de goma puede haber conducido, en palabras de Beck, a la sociedad del riesgo; o lo que es lo mismo, a una situación en la que la racionalidad humana ya no puede dominar lo que ella misma ha creado.

Gellner dedica el grueso del artículo mencionado a mostrar como el espíritu de la «jaula de goma» se ve reflejado en la cosmovisión, entendiendo por esta los planteamientos más generales a nivel filosófico, religioso, político o cultural, señalando como ejemplos de pensamiento fácil y autocomplaciente al pragmatismo, a ciertas corrientes filosóficas que resultan de la teoría del lenguaje del segundo Wittgenstein, a lo que el califica de religión modernista e incluso a ciertas derivas del marxismo

No voy a entrar a discutir estos ejemplos, sólo para acabar con el contraste entre estas dos primeras metáforas (jaula de hierro/jaula de hierro) señalaré brevemente como la idea de la jaula de goma está en relación con una de las tesis más gellnerianas, tesis que además lo sitúa aparte de otros pensadores. Esta tesis controvertida afirma que en las modernas sociedades se ha producido una escisión entre ciencia y cultura. La cultura se ha convertido en lo que queda de conceptualización si le restamos la cognición legítima (la ciencia). Es cierto que la tecno-ciencia permite un control que transforma el mundo social y natural pero las características propias de la ciencia, el hecho de que sea un conocimiento abierto, revisable y falsable no permiten a esta ser fuente ni fundamento de la identidad humana. A diferencia de las sociedades pre-modernas en las que cultura, moralidad y cognición estaban entrelazadas, en la actualidad cito «la ciencia está no sólo más allá sino también en contra de la cultura y de la moralidad».

Sacando consecuencias de la tesis de Gellner podríamos preguntarnos qué tipo de sujeto engendra la «jaula de goma». La respuesta más concisa que podemos dar es que es un sujeto escindido. Vivimos en una sociedad en la que poseemos una racionalidad que procura un crecimiento productivo y cognitivo sin límites pero que por sus propias características no dota a los individuos de una identidad fuerte o de un orden social que se deduzca de ella. Y aunque por una parte podríamos decir menos mal que poseemos una cultura igualitaria y móvil, carente de ideales fuertes, bien es cierto que la contrapartida es una sociedad condenada a buscar el reconocimiento en la satisfacción inmediata de los deseos. El deseo como fuerza motriz del sujeto y de la sociedad nos conduce a una búsqueda sin límites, un esfuerzo interminable y banal. De ahí que algunos teóricos consideren que el malestar de la cultura no se deriva de represión o renuncia pulsional como pensaba Freud sino de la hiperexpresividad, la obsesión por el goce y el narcisismo.

SOCIEDAD LÍQUIDA VERSUS SOCIEDAD PANÓPTICA

Pasaré sin solución de continuidad al otro par de metáforas que quería poner sobre la mesa: el panóptico versus la sociedad líquida. Michel Foucault en *Vigilar y castigar* califica el diseño carcelario de Bentham, el panóptico, como «un acontecimiento en la historia del espíritu humano». Sólo podemos entender esta hiperbólica afirmación si comprendemos que la cárcel que proyectó Bentham a finales del siglo XVIII trasciende el mero diseño de una prisión y se convierte como dirá Bauman en la archimetáfora del poder moderno. El panóptico pues se revela como una metáfora de la sociedad moderna, fundamentalmente de las relaciones de poder que se dan en su seno que permite que un conjunto de individuos constituya un orden social. Mientras que en buena parte de las sociedades premodernas el medio de mantener el orden es la coerción física, la sociedad moderna se caracteriza porque esta es reemplazada por la vigilancia.

Como intenté precisar en un principio, una de las dificultades a la hora de comparar las cuatro metáforas es que podrían no ser por completo conmensurables. Mientras que el binomio Weber-Gellner apunta hacia la incidencia del modo de cognición o racionalidad en cómo se conforma la estructura social y los individuos que la encarnan, la metáfora de Foucault señala al ámbito de la coerción. Bien es cierto que coerción, cognición y producción son elementos indisolubles y entrelazados, conforman la estructura social y sólo de forma analítica se pueden separar. Además, si en buena medida podemos considerar a Foucault uno de los grandes pensadores contemporáneos del concepto de poder es porque subraya en sus análisis la indisolubilidad entre el poder y el saber (la cognición). Su modelo de poder no es simplemente represivo sino fundamentalmente productivo, crea. Crea espacios, técnicas, estrategias, tácticas, tecnologías, ámbitos de objetos y sobre todo sujetos. El poder como una especie de *élan vital* es lo que fluye por todo el entramado, el cemento del universo social. Así lo describe el propio Foucault: «el poder no es un fenómeno de dominación masiva y homogénea de un individuo sobre los otros, de un grupo sobre otros, de una clase sobre otras; el poder contemplado desde cerca no es algo dividido entre quienes lo poseen y los que no lo tienen y lo soportan. El poder tiene que ser analizado como algo que no funciona sino en cadena. No está nunca localizado aquí o allá, no está nunca en manos de algunos. El poder funciona, se ejercita a través de una organización reticular. Y en sus redes circulan los individuos quienes están siempre en situaciones de sufrir o ejercitar ese poder, no son nunca el blanco inerte o consistente del poder ni son siempre los elementos de conexión. El poder transita transversalmente, no está quieto en los individuos».⁴

El panóptico es el invento que encarna a la perfección esta visión del poder, una maquinaria en la que aunque hay vigilantes y vigilados, nadie está exento de ser prisionero del otro. Todo funciona bajo un principio básico: la vigilancia gracias a la visibilidad, la total visibilidad de los individuos bajo una mirada cen-

tralizada y el juego de miradas entre cada uno de los individuos (cada camarada se convierte en un vigilante). Foucault comprende porque Bentham considera su ingeniosa técnica un invento revolucionario, es en sus propias palabras «Una fórmula maravillosa: un poder continuo y de un coste, en último término ridículo!»⁵ Y aunque reconoce que no es la única ni la principal instrumentación del poder está presente en el corazón de lo que él llamará las sociedades disciplinares, en el conjunto de instituciones que las caracterizan: la prisión, la escuela, la fábrica, el hospital, el psiquiátrico, etc. Posteriormente, cuando los medios tecnológicos permitieron la deslocalización del ojo gracias a instrumentos como cámaras, radares, GPS y otras múltiples técnicas de observación, seguimiento y rastreo, encontramos que la mirada vigilante está omnipresente en nuestras vidas, invadiendo cualquier espacio público y buena parte de los privados.

¿Ha permitido el desarrollo tecnológico la aplicación universal del panóptico? ¿Vivimos en sociedades transparentes organizadas alrededor de una mirada vigilante en provecho de un poder riguroso y meticuloso? Bien pues la respuesta de Zygmunt Bauman es que no, la sociedad líquida que augura el sociólogo polaco es una sociedad postpanóptica. Bauman desarrolla el tema en su libro *Vigilancia líquida* pero ya entra en debate con la idea foucaultiana en *Modernidad líquida*.⁶

Pero antes de ver en qué medida Bauman corrige la metáfora de Foucault, preguntémosnos, de la triple dimensión planteada que configura el orden social, a qué dimensión apunta la idea de liquidez. Aunque líquido es un calificativo que Bauman aplica generalizadamente a muchos elementos de nuestra sociedad y de la condición humana actual, fundamentalmente la metáfora califica a un periodo, a una época, la segunda fase de la modernidad en la que nos hemos instalado. Una fase en la que no hay nada permanente, sino que todo es liviano, inconstante y cambia de forma. Si nos atenemos a la triple dimensión de un orden social que vengo analizando, tendríamos que decir que la propiedad principal de los fluidos: la inconstancia de la forma, se debería aplicar a la cognición, producción y cognición, o dicho de una forma inversa las características o elementos de estas tres esferas dejan de ser algo que persiste en el tiempo y que es inmune a su fluir.

Bauman no especifica claramente a qué esfera, en el texto que he utilizado como referencia, *Modernidad líquida*, va saltado de un plano a otro, lo que sí aclara es que la esencia de la modernidad líquida es la disolución de «los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos o acciones colectivas»,⁷ es decir a lo que hace referencia es la relación dialéctica entre lo individual y lo colectivo o institucional. Evidentemente estas relaciones pueden aplicarse a las tres esferas. Para Bauman la idea de disolver los sólidos ya estaba entre los objetivos fundacionales del proyecto moderno e ilustrado, de hecho cita como ejemplo el *Manifiesto comunista* en el que encontramos literalmente la expresión «derretir los sólidos». No obstante, lo que se quería derretir el proyecto moderno (estructura

social, relaciones de poder, relaciones de producción, prejuicios, tradiciones, papel de la autoridad) era en aras de obtener sólidos mejores.

La tarea de construir un nuevo orden tuvo un paso previo de carácter económico al liberar la iniciativa comercial de cualquier vínculo que la condiciona hasta el punto de conservar tan sólo el nexo del dinero. La economía adquiere así un rol determinante, todo se subordina a ella hasta el punto de rebajar el resto de ámbitos de la vida social al *status* que ya le había dado el marxismo: ser superestructura, un artificio al servicio del capital.

Este proceso erosivo, como toda erosión, ha sido gradual. Es en este cambio donde Bauman considera que la metáfora foucaultiana deja de tener plena vigencia para imponerse la vigilancia líquida, las relaciones de poder líquidas. En la era en que las relaciones de poder aun pueden ser conceptualizadas como panópticas había un compromiso mutuo entre los diferentes estamentos que ejercen o sufren el poder, el ejercicio del poder de los vigilantes, los gobernantes, los supervisores o como queramos llamarles requiere presencia y confrontación. El vigilante adquiere un compromiso en la medida en que está forzado a administrar, a responsabilizarse, lo que a su vez implica estar anclado al espacio, al lugar. La vigilancia líquida es una técnica de poder que permite como dice Bauman «la huida, el escurrimiento, la elisión, el rechazo concreto de cualquier confinamiento territorial y de sus engorrosos corolarios de construcción y mantenimiento del orden, de la responsabilidad por sus consecuencias y de la necesidad de afrontar sus costos».⁸

El atributo del que deriva esta transformación es el cambio en la relación espacio-temporal. La modernidad empieza cuando espacio y tiempo dejan de ser cada vez más fenómenos entrelazados, este largo proceso culmina en la era de la instantaneidad. Instalados en la instantaneidad ya no importa el lugar donde se emita la orden, por lo tanto el poder se independiza del espacio. En suma, la sociedad ya no puede ser como un panóptico, carece de la trama densa de nexos sociales con base territorial.

En conclusión, he utilizado estas cuatro metáforas presentadas como pares que se corrigen para ofrecer una serie de instantáneas de la sociedad moderna. Utilizo la palabra «serie» no como simple numeración, sino como sucesión, intentando mostrar hacia que horizonte nos movemos. Tanto la metáfora de Gellner, como corrección a la de Weber, como la metáfora de Bauman como corrección a la de Foucault, apuntan al signo de los tiempos. El sistema capitalista-mundo tiende a la desregulación, liberalización, flexibilización, esto es lo que significa el latiguillo político «profundizar en las reformas». Paradójicamente el resultado de la flexibilización de las relaciones es una sociedad más rígida, más inmune al cambio. A diferencia de los planteamientos que estaban en el horizonte de la primera modernidad, en la actualidad «la tarea de construir un nuevo orden mejor para reemplazar al viejo y defectuoso no forma parte de ninguna agenda».⁹

NOTAS

1. El término textual de Weber es *[ein] stahlhartes Gehäuse*, que literalmente podría vertirse como «estuche», «envoltura», o incluso «jaula», «dura como el acero», y que suele traducirse por «férrea envoltura», o bien por términos similares que apuntan una estructura dura y opresiva.
2. Weber, M. (1983). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, en *Ensayos sobre sociología de la religión*. Tomo I, Madrid, Taurus, p. 23- 167.
3. Gellner, E. (1987). «La jaula de goma: desencanto con el desencanto», en *Cultura, identidad y política*, Barcelona, Gedisa, 1998. p. 165.
4. Foucault, M. (1991). *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1991, p. 142.
5. Foucault, M. (1979). *El ojo del poder. Entrevista con M. Foucault*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta.
6. Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*, Madrid, Fondo de Cultura Económico; Bauman, Z. (2013). *Vigilancia líquida*, Barcelona, Paidós.
7. Bauman (2004), p. 20.
8. Bauman (2004), pp. 35-36.
9. Bauman (2004), p. 20.

.....

CARMEN ORS MARQUÉS es profesora asociada de Filosofía en la Universitat de València.